

RELATO BREVE

(1)

Esam Abou-El Magd

Embriaguez

Llevo semanas estancado aquí. Estoy tumbado en mi sofá y no tengo ningún lugar al que deba acudir. Porque el papel que hay sobre la mesa junto a la ventana no ha cambiado de contenido: «Por favor, tenga un poco más de paciencia. Examinaremos su solicitud lo antes posible y tomaremos una decisión».

Después de presentar mi documentación nada más llegar a Heidelberg, creía que solo sería cuestión de unos días que comenzaran mis estudios. Pensaba que en la universidad podría recuperar rápidamente el tiempo perdido. Pero lo único que demuestra que realmente estoy aquí son estas pocas líneas de la secretaría de la universidad.

Los fines de semana, los estudiantes de primer curso pasan alborotados bajo mi ventana: la semana de bienvenida se ha convertido en meses de bienvenida. Todos llevan una cerveza en la mano. Eso también lo conozco de Dinamarca. Pero, por desgracia, no me gusta nada la cerveza, tampoco soy danés, ni siquiera soy de la UE, aunque viví años en Aarhus, Dinamarca. Seguro que allí habría sido más fácil entrar en la universidad, pero yo quería a toda costa ir a Heidelberg a estudiar el

«romanticismo alemán». ¿Por qué, en realidad? Sí, ¿por qué, en realidad? Me enfado conmigo mismo. Una vez más tuve que imponer mi voluntad, derribar muros. En cambio, me he dado de bruces otra vez. Y mi cabeza está hecha papilla por todos los cigarrillos que fumo. Y mi dinero, del que cuido con esmero desde que llegué, cada vez es menos. Salir no era una opción. Espera. Espera.

Pero esta habitación no es precisamente acogedora en diciembre. La calefacción, en un buen día, llega a unos 17 grados. Por eso, la mayoría de las veces estoy tumbado en el sofá bajo una manta. Exactamente como ahora.

Mi móvil marca las 20:32. Viernes. Me levanto y me acerco a la ventana. Abajo, un montón de gente recorre la zona peatonal, aparentemente de muy buen humor. Quizá algunos de ellos se dirigen al pub subterráneo donde suena buena música. A veces me quedaba parada al pasar por allí y veía a estudiantes bajar corriendo las escaleras o subir tambaleándose. La mayoría de las veces eran grupos que iban de la mano o se abrazaban, por lo que, estando sola, nunca me atrevía a acercarme a los escalones.

De hecho, a lo lejos, algunos de los estudiantes giran en la esquina que lleva directamente al pub. Me doy la vuelta y, como si me controlaran a distancia, me dirijo al baño, me agacho y busco detrás de la pequeña estantería, de donde saco un monedero de pecho. Lo abro y saco 50 euros. Luego me paro frente al espejo y mi reflejo parece hacerme

un gesto de asentimiento. Así que guardo el dinero en mi cartera, vuelvo a la habitación, cojo mi jersey favorito del armario y una camiseta nueva. Me pongo los zapatos, me coloco la chaqueta y ya formo parte de la corriente de estudiantes de primer curso de Heidelberg ávidos de diversión.

Pronto me acerco al pub y, por unos instantes, reduzco el paso, me vuelvo más cauteloso, más pensativo, pero luego me encuentro ante la escalera. Y doy los primeros peldaños.

Al abrir la puerta, me inunda una oleada de energía vital desenfrenada. Música, gente bailando, que se mueve de izquierda a derecha y viceversa. No sé muy bien hacia dónde dirigirme, pero descubro un hueco libre en la barra. Al llegar allí, me reciben enseguida con amabilidad.

- ¿Una cerveza?

- ¿Qué variedades hay?

- ¡Cientos!

- Entonces me tomaré... una de la región.

- Tenemos la «Weihnachtsbräu». Aunque es más fuerte que una cerveza normal.

- ¡Sí, vale!

Poco después tengo ante mí la botella de la cervecería Badische Brauerei, fundada en 1889, y un vaso grande. Me sirvo, doy un sorbo a un líquido de color marrón, espeso,

pero dulce. Sabe casi como un postre, así que vuelvo a dejar que un poco más me deslice por la garganta. Ya empiezo yo también a mover el cuerpo al ritmo de la música, me giro con el vaso en la mano hacia la multitud. Una chica preciosa pasa junto a mí y me brinda. Vuelvo a dar un sorbo: «Vaya, qué guapa era». Y noto que mi temperatura corporal ha subido y empiezo a tener calor. Dejo la copa en la barra y cuelgo mi chaqueta sobre el taburete. La estudiante está ahora a solo unos metros de distancia... ¡y me siento genial! Aunque tengo aún más calor. Me bebo la copa de un trago y la vuelvo a llenar hasta que la botella se queda vacía.

- ¡Vaya, sí que te gusta beber!

oigo una voz a mis espaldas. Me vuelvo de nuevo y veo una cabeza rizada con un vaso en los labios que se mueve al ritmo de la música.

- En realidad, no bebo cerveza.

- Sí, claro...

- No, de verdad. Pero esto sabe sorprendentemente bien.

- Entonces tienes que probar primero lo que tengo aquí ahora mismo.

Y me pone la pajita de su cóctel delante de la nariz. Así que le doy un buen trago. ¡Vaya, qué fuerte! Me estremezco.

- Eso solo pasa con el primer trago. Después se te va tan bien...

- ¿Y cómo se llama?

- «Hasta la mañana siguiente».

Qué nombre más chulo, pienso.

- Venga, toma otro trago.

- Pero entonces tu cóctel se acabará enseguida...

- No te preocupes, enseguida pediré otros para ti y para mí. ¿Sabes que tienes un acento muy bonito? Y se abre paso entre la gente para llegar a la barra.

A mí también me parece que tiene una voz muy agradable, pero nunca se lo diría tan directamente. Y además tiene una cara divertida y alegre. Me bebo rápidamente mi cerveza y la dejo un poco apartada.

Siento que tengo que quitarme el jersey urgentemente para no hervirme. Sus rizos son tan abundantes que le ocultan por completo la cara. Y, por un instante me pregunto dónde estoy, qué está pasando aquí. Pero entonces ella ya se gira hacia mí con dos vasos en la mano:

- ¿Vienes conmigo?

Claro, pienso y digo. Ella va delante de mí abriéndose paso entre la multitud y yo la sigo hasta una mesa en la que hay al menos diez jóvenes.

- ¿A quién has traído contigo?

- ¡Es... un buen bebedor!

- ¡No...!

- ¡Sí! ¡Y tiene un acento genial!

- ¡Pues salud!

- ¡Salud!

Vuelvo a beber de esta bebida tan fuerte. Y eso que no aguanto mucho el alcohol y suelo beber poco, de hecho, casi nunca. Aun así, grito: «¡Salud!» a todo el mundo. Y todos levantan sus copas y me sonríen. Nadie deja la copa en la mesa enseguida, no, todos dan primero un buen trago.

- «¡Salud, acento!», exclama de repente uno.

Y yo le devuelvo el brindis, sonriendo ya de oreja a oreja:

- ¡Qué bien suena eso de «Hasta la mañana siguiente»!

- Por cierto, me llamo Ivette —dice la chica de pelo rizado—. Y todos estudiamos Farmacia. Ven, estoy sentada ahí.

Y señala su silla vacía, tirando de mí para que me acerque. Ivette coge otra silla de la mesa de al lado, me agarra por los hombros y me empuja con cuidado hacia mi sitio.

- «Ivette, qué majete!»,

me sale de los labios. Y ella me sonrío, como si entendiera esa broma tonta:

- Y tú, ¿tienes un nombre mejor?

- Ronaldo. Como ese futbolista tonto.

- ¡Ronaldo-Prestaldo!

Y ella se ríe, dejando al descubierto sus dientes blancos como la nieve y perfectamente alineados. Y, de repente, me siento intimidado por tanta belleza.

- Geniales... los dientes... ¿no? Por cómo los miras fijamente.

- Pero a ti no se te escapa nada. ¡Salud, Ivette!

- ¡Salud, Prestaldo!

De repente, alguien me coge del brazo por el otro lado, me engancha, y en un instante toda la mesa se balancea al

ritmo de la música. Ivette me va echando con cuidado su melena sobre el cuello una y otra vez, de modo que me sumerjo por completo en su aroma.

Llega alguien con una bandeja de chupitos y la coloca sobre la mesa. Todos cogen un vaso, Ivette me da el mío y me sonrío radiante:

- ¡Salud a todos!

Así que me bebo el vaso de un trago, como todos los demás.

- Prestaldo, ¿tienes algo planeado para hoy?

- No, nadie me está esperando.

- ¿Te apetece que nos vayamos prestaldo a otro lado?

¿Qué objeciones podría tener...?